

ABRIR EL CORAZÓN

-Que no, que no, que yo me voy a la calle a jugar a las canicas. Pon tú el Nacimiento y el árbol. Papá dice que estas tradiciones de Navidad son chorradas y tiene razón. Y quita el villancico de "hacia Belén va una burra, rin, rin, yo me remendaba, yo me remendé", que me hacen mal los oídos de escucharlo. A ver si Lucas llama de una vez en la puerta. Este amigo no te cae nada bien, que lo sé, porque es el chaval más rebelde de la clase. Sin embargo, con él es con quien mejor me llevo. Tú y yo no parecemos gemelos, nuestras caras son casi idénticas pero nuestra manera de pensar es muy diferente. ¡¡¡Ah!!!, y como después de la partida de canicas hemos quedado en ir a las balsas del río para coger ranas y pececillos, le dices al cura que hoy no voy a catequesis porque me duele la garganta, que no me ponga falta ¿eh?, que si no se enterará mamá y me armará la marimorena, ¿vale?

-¿Que le diga yo al cura que no vas porque te duele la garganta? ¿Acaso no sabes que mentir es pecado? Y más en estas fechas, víspera del nacimiento de Jesucristo. Ni aunque te pusieras de rodillas iba a decir tal mentira. Sólo acepto lo que llamamos mentiras piadosas, y en contadas ocasiones. Además, hoy, don Valentín quiere que le ayudemos a colocar el belén y que cada uno llevemos algo: musgo, papel de aluminio para imitar el agua, rocas para construir montañas y colocar encima el castillo de Herodes, cortezas de pino para hacer el portal, paja para la cuna del Niño, harina para que dé la sensación de nieve, tierra para los campos,... Yo voy a llevar el papel de plata de dos tabletas de chocolate y cogeré musgo en la orilla del río. También dice que quiere voluntarios para hacer un belén viviente en la plaza de la iglesia. ¿Y sabes una cosa? Este año al abeto de la puerta de la iglesia no lo vamos a adornar con bolas, bombillas y serpentinas sino con peticiones de buenas intenciones escritas en cartulinas para colgarlas de sus ramas. Don Valentín llama valores cristianos a las buenas intenciones y quiere despertarlas en nosotros. Más te valdría venir y no ir a coger con Lucas ranas y pececillos.

Enseguida sonó el timbre. Llamaba Lucas. Llegaba con los pelos revueltos y con un tirachinas colgando en su cuello. Antes de entrar, desde la misma puerta, disparó una china a un mirlo que cantaba alegre en las ramas de un árbol del jardín de casa de los gemelos que estaba adornado con motivos navideños.

-¡Qué mala suerte, leches! –Exclamó Lucas. –No he atinado bien. Con lo que me hubiese gustado darle un chinazo en la cabeza y que cayera patas arriba. Hace un rato he tenido más suerte: he hecho diana en el gato de mis vecinos y ha salido aullando. Si lo hubierais visto. ¡Ay, si lo hubierais visto! Ha escapado a tres patas.

-¿Es qué no quieres a los animales? –Preguntó Felipe, el gemelo tranquilo. –¿Acaso te molestan o te hacen algún mal?

-Yo sólo quiero a mi perro y a mi gato. Los demás me sobran. Y muchas personas también. Ahora, cuando pasaba por la puerta de la iglesia, he lanzado piedras con el tirachinas para atizarle al plato del mendigo. Después de tirar, me he escondido detrás de una esquina de la iglesia para que no me viera. Ya sabéis a qué mendigo me refiero ¿no? A ese "pelantrusco" de mala pinta que se coloca por los alrededores de la iglesia con un cartel que dice: "Tengo hambre. Acepto comida. Por favor, una pequeña ayuda." Ahora que llega la Navidad, ojalá nadie le eche nada en el plato. Y ojalá haga mucho más frío para que se le congelen los huesos y se vaya del pueblo.

ABRIR EL CORAZÓN

¡Qué se marche a pedir a su tierra! Es de Jaén ¿lo sabíais? Me lo dijo don Valentín. Nuestro párroco, cuando me ve, siempre me sujeta por el hombro y me dice: " Pero, Lucas, no te das cuenta que hay que ayudar al necesitado, que hay que saber compartir y ser "darivoroso" o no sé qué palabra utiliza ", y los catequistas siempre están también con la misma monserga. Pero a mí, esto no me convence. A mí me gusta recibir y no dar. Y si no me dan, me gusta coger las cosas aunque no sean mías. No sé si me entendéis. Sé que Felipe no me quiere entender, pero tú, Quique, sí. ¿Verdad que sí? De sobras. Es que en casa cuando no me dan dinero meto las manos en los bolsillos de las prendas de papá y mamá y...y si saco un billete, mejor que monedas. Seguro que tú también lo haces, Quique, no te hagas la mosquita muerta, que buena cantidad de golosinas te compras conmigo en el quiosco de la esquina.

Felipe no había hecho caso a su gemelo y seguían sonando villancicos. En ese momento se escuchaba "Adeste fideles". La casa olía a incienso. Su madre solía distribuir varias varitas prendidas por las diferentes habitaciones. Además de dar el clásico olor, humeaban. El humo ascendía formando círculos, semejando los tirabuzones del pelo de los ángeles pintados por Rubens. El armario del comedor estaba repleto de turrones, mazapanes, pan de Cádiz, frutos secos, garrapiñados,... En la nevera ya no cabía ningún manjar más: besugos y lubinas salvajes, nada de acuicultura, cabrito de los todavía no destetados, caviar de esturiones de las aguas frías del norte, cava del mejor,... Vaya, un sinfín de ambrosías de dioses.

Lucas, que era un descarado atrevido, cuando llegaba a casa de los gemelos siempre abría el armario donde sabía que se guardaba el chocolate. Esa vez, con ojos fascinados por la cantidad de productos navideños que vio en las estanterías, exclamó:

-¡Jolín, qué pasada! ¡Con el hambre que pasará mañana el mendigo de la puerta de la iglesia! ¡Que se fastidie! Además, pasará la Nochebuena solo, sin nadie con quien cenar, ni charrar, ni brindar, ni cantar villancicos,... ¡Que se jorobe! La verdad es que si llamara a la puerta de mi casa para pedir, iba a darle con la puerta en las narices. ¿Y vosotros...? ¿Y vosotros, gemelos, qué harías si llamara a vuestra casa?

-Pues yo no iba a darle con la puerta en las narices porque ni siquiera se la abriría. -Respondió Quique. - Yo no sé qué se debe notar cuando sientes en el interior el sentimiento de la caridad. Varias veces lo explican en catequesis pero no llego a entenderlo. Siempre me quedo a dos velas. ¿Será porque mi corazón no lo siente? Tanto es así que cuando me dijeron los catequistas que determinara alguna obra de caridad que hubiese hecho en mi vida, por mucho que pensé, no fui capaz de decirles ninguna. Sin embargo, cuando le hicieron la misma pregunta a mi gemelo, pensé que no iba a acabar de contarlas. ¿Te acuerdas Felipe? ¡Cuéntale, cuéntale a Lucas! Seguro que lo dejas con la boca abierta.

-¿Para qué quieres que le cuente mis obras de caridad? Si al menos fuesen contagiosas. Pero sabiendo como sois, creo que mis palabras hasta os harán reír. La verdad es que yo creo que no habéis ayudado nunca al necesitado porque no os habéis puesto en su lugar. Si pensarais que vosotros podríais ser esa persona, seguramente haríais algo. Por ejemplo, tú, Lucas, imagina que fueses el mendigo de la iglesia ¿Te gustaría que las personas pasarán de largo sin darte algo para comer y sin mirarte? ¿Te gustaría que alguien te hiciese la puñeta apuntando con un tirachinas en el plato? ¿A que no? Pues, eso. Ahora piensa si cuando pases por delante de él

ABRIR EL CORAZÓN

volverás a tirarle con el tirachinas al plato donde le echan las monedas. Si sigues pensando que sí, te digo en serio que eres un hombre sin corazón y sin alma. Sin embargo, si ahora piensas que no lo harías es porque tu corazón es moldeable y puedes cambiar para ser más bueno. – Dijo, Felipe. Una vez acabada su filípica comprendió que se había pasado y que quizás Lucas pudiese enfadarse con él. La respuesta de Lucas fue la que le aclaró la duda.

-¡Eh, chaval, no te pases! Que yo dentro de mí tengo de todo, y también corazón y alma. ¡Qué te has creído! ¿Acaso crees que voy a permitirte que me hables así? Cierra la boca, mojigato.

-Claro. Claro que cierro la boca, no te preocupes. Me voy hacia la parroquia. Voy a coger las dos tabletas de chocolate y las abriré delante del mendigo. Yo me quedaré los dos papeles de plata para el río del belén y a él le daré el chocolate. También voy a sacar unas monedas de la hucha del cerdo para echárselas en el plato para que mañana, día de Nochebuena, se compre algo bueno para cenar. Me gustaría mucho, si me dejaran papá y mamá, salir después de la cena con una botella de champagne para hacerle compañía y brindar con él. –Expresó Felipe, al tiempo que cogía un abrigo de su armario.

-¡Buff, pues yo, por nada del mundo bebería champagne en su compañía! – Repuso, Lucas. Antes lo tiraría por la fregadera. Que no, que no, que a mí tu caridad no me convence y creo que a tu gemelo tampoco. ¿A que es verdad lo que digo, Quique? Nosotros somos distintos, por eso somos tan amigos. Tú, Felipe, de mayor, tendrías que ir de misiones a países pobres. Bueno, para qué al extranjero si aquí, en España, hay tantas necesidades. La verdad es que no haría falta que te fueras lejos. A veces, tengo la sensación de que eres un santito enano. A ver si tenemos suerte y te santifican con el nombre de San Felipe de Béjar, serás el orgullo del pueblo.

Estas últimas palabras que le dijo el travieso de Lucas, hicieron recapacitar al gemelo. Se dio cuenta que en la manera de ser, Lucas y él eran dos extremos opuestos, como el blanco y el negro. No estaría de más que hiciese de vez en cuando alguna travesura, dejando de ser siempre un santo, pues al fin y al cabo estaba en la edad. Debía intentar cambiar un poco. Seguro que acercándose un poquito al pensamiento de su gemelo y de Lucas, podría conseguir que diesen un cambio. Posiblemente todo sería cuestión de paciencia. Por ejemplo, después de dar el chocolate al mendigo, haría novillos en catequesis y acudiría con ellos a coger ranas y pececillos en el río Cuerpo de Hombre. Felipe reconocía que él tenía el corazón más blando que la mantequilla caliente y tampoco era bueno ser así, pues se sufre demasiado. Así pues, pensó que si se unía a ellos, la alianza podría favorecer a los tres.

La verdad es que cuando Felipe llegó a las charcas del río, Lucas y su gemelo se sorprendieron al verlo.

-¿Qué haces aquí? ¿Es que no has ido a catequesis? No me lo puedo creer. ¿Que has hecho novillos? –Preguntó su gemelo. Su cara reflejaba el asombro de no creer lo que tenía delante de los ojos.

-Sí. ¿Acaso no puedo? Vengo a coger ranas y pececillos con vosotros. Como hace frío, las ranas deben estar escondidas dentro de la tierra porque no se ve ninguna

-Claro que estarán escondidas. Se deben quedar dormidas en invierno. Pececillos sí que se ve alguno. Pero hoy hace un frío que pela y casi sería mejor que fuésemos a catequesis, dentro de la iglesia estaremos bien calentitos. –Propuso Lucas.

ABRIR EL CORAZÓN

Los tres chavales se adentraron en el corazón de Béjar y atajaron por unas callejuelas para llegar a la iglesia. Las calles estaban engalanadas con multitud de adornos navideños y los escaparates de los establecimientos también. Los habitantes del pueblo transitaban deprisa haciendo las últimas compras para celebrar la Nochebuena y con regalos para los seres queridos. En los altavoces sonaba un villancico tras otro. Los tres muchachos llegaron al portal principal del templo con sobrealiento, enrojecidos del frío y casi sin poder articular palabra. Allí estaba como era habitual el mendigo, exhalando vaho, con varios cartones y periódicos debajo de su culo, con una manta vieja y grasienta, con su mochila mugrienta, con su cara surcada de tantas horas a la intemperie, pero con una sonrisa dibujada en su cara y su habitual saludo andaluz, gracioso, comiéndose las eses: "Buena tarde, chiquillo". El párroco de la iglesia y varios niños estaban colgando varias cartulinas de colores en el abeto con peticiones de buenas intenciones. Un niño se dirigió a los gemelos y a Lucas con tarjetas, invitándoles a que escribieran:

-Podéis elegir una cada uno, del color que queráis y dárselas al padre para que las cuelgue en el árbol. Adentro hay bolígrafos. Venga, venga, daros prisa que don Valentín dice que ya no van a haber muchas más. Ya veis la cantidad de tarjetas que cuelgan de las ramas. ¡Ah, y ojo, no pongáis faltas de ortografía que las tendréis que repetir!

Cada uno cogió su cartulina y se adentraron en la iglesia. Una vez dentro, les daba pereza volver a salir porque en el interior se estaba de maravilla, y más después del frío que habían pasado en el río. Felipe enseguida escribió en su ficha. Sin embargo, Quique y Lucas parecían tener la mente en blanco, y en consecuencia la cartulina también estaba en blanco.

-Yo os puedo ayudar –Se prestó Felipe. Uno de los valores navideños más hermoso de estas fiestas es practicar el amor, el amor hacia los demás. El amor es un valor que no cotiza en La Bolsa, que papá dice que con esta crisis va fatal. De la misma manera que queremos cosas buenas para nosotros, debemos quererlas para los demás, eso es amor, amor al prójimo, AMOR con mayúsculas. –Después de pronunciar la palabra amor, enfatizando mucho cada una de las sílabas, Felipe sonrió. Luego, añadió. –Para mí la palabra amor es la más bonita del diccionario. Es la reina de las palabras pues si hay amor, hay caridad, hay justicia, hay bien, hay paz, hay verdad, hay solidaridad, hay humildad, hay gratitud, hay reconciliación, hay esperanza, hay...

-Oye, oye, Felipe, coge aire que cuando te lanzas a hablar te puedes quedar sin respiración. – Expresó Lucas, asombrado de la verborrea de Felipe. *–No sigas, que después de lo que nos explicas, yo ya sé qué voy a escribir en la cartulina. Se hizo un silencio y al rato: Ya lo he escrito, ahora os lo voy a leer, ¿vale? : "No hay nada más bonito que amar a los demás, pues así se consiguen muchas cosas buenas" –Felipe se quedó estupefacto y Quique boquiabierto. Ninguno de los dos gemelos, conociendo a Lucas, podía dar crédito de lo que les había leído. Las palabras de Lucas animaron a que Quique se esforzara a escribir algo.*

Se dirigieron la exterior de la iglesia para que el párroco colgara sus tres peticiones en el árbol. Don Valentín enseguida leyó la que Lucas le entregaba.

-¿La has escrito tú? ¿O la ha escrito Felipe?

ABRIR EL CORAZÓN

-¡Qué cosas tiene don Valentín! Es que no se da cuenta que es mi letra. Debéis pensar de mí que no tengo corazón ni alma. ¡Estoy más que harto! Antes, por esto mismo, ya he discutido con Felipe. Yo tengo de todo, absolutamente de todo: corazón, alma, cabeza, ojos, hígado, riñones, cerebro,...Y cada cosa en su sitio ¿eh? Respondió Lucas con cara de mal genio y con los pelos todavía más revueltos.

-¿Y me podías explicar que has querido decir con "no hay nada más bonito que amar" y con "amando a los demás se consiguen muchas cosas buenas"? ¿Qué se alcanza? Explicámelo bien para que yo lo comprenda.

-Buffff, don Valentín, cuantas preguntas me hace si ya se entiende lo que quiero decir. Y si no que lo explique Felipe, que a él con estas cosas se le amontonan las palabras en la boca y parece una ametralladora cuando dispara. Anda, anda, cuéntaselas para que vea que ya desde niño eres un buen predicador.

-No, no, yo no voy a responder a don Valentín. Ésa es tu cartulina. Yo le explicaré sobre la mía y si me pregunta- Respondía el gemelo.

-Bueno, vale, está bien. Pues eso, lo que quiero decir es que no hay nada más bonito que amar. Yo amo a Carolina, la quiero padre, y ese sentimiento es muy bonito. También quiero a mis padres, a los abuelos, a mi perro y a mi gato. ¡¡¡Ah!!! Y también me quiero a mí.

-Pero yo pensaba que te referías a amar al prójimo. No sólo a la chica que amas, a tu familia, a tus animales, a ti. Eso es normal, pero la Navidad nos invita a que amemos al vecino, al anciano que vive solo, al maestro, a ese desconocido con el que nos cruzamos que necesita ayuda, al pobre e incluso al enemigo. Porque todos son tu prójimo ¿sabes? Y debemos ser solidarios con todos los humanos, no sólo con unos pocos. Tener amor hacia los más cercanos a nosotros es muy fácil. Tenemos que manifestar nuestro amor más allá de los nuestros y de nosotros, pasar la frontera para acercarnos a aquellos que más nos necesitan. Incluso voy a repetirte que sería muy interesante, aunque nos cueste, ser capaz de perdonar y de amar al enemigo.

-Jolín, pues para amar a tantos habrá que tener el corazón tan grande como esta iglesia. A mí, en mi corazón, no me cabe tanto amor. ¡¡¡Ah!!!, y antes se me ha olvidado decirte que también lo quiero a usted. Siempre me da caramelos y cuando hago de monaguillo y paso la bandeja siempre se acuerda de mí. Usted es muy "darivoso" conmigo. En cuanto a lo que dice de amar al enemigo tengo que decirle que es algo que no me cabe en la cabeza. Yo no podría amar al quisquilloso de Rodrigo. A ese cascarrabias no lo trago, y si siguiendo sus palabras lo llegara a tragar, está claro que no podría digerirlo. Además es un creído. Siempre que nos cruzamos por la calle me "inrita" con sus impertinencias. Es más chinche que los chinches. -Le respondía Lucas al párroco, enfadado y con cara de pocos amigos.

-Pues, mira, Lucas. Me permites que te dé un consejo. -Don Valentín hizo un silencio a la espera de que le dijese que sí. Como ni lo pronunció ni asintió con la cabeza, continuó hablándole. -Intenta cambiar tú y verás como vuestra relación cambia e incluso podéis llegar a ser amigos.

-¡Qué cosas se le ocurren don Valentín! Eso sería tan difícil como que yo me convirtiese en un pastorcillo de los que fueron a adorar al Niño Jesús que nace mañana.

ABRIR EL CORAZÓN

-Pues no lo veas tan difícil –Apuntó el párroco. –Este año para conmemorar que nace Jesucristo, vamos a hacer un belén viviente, aquí en la plaza. Ya tengo muchos voluntarios: a San José, a la Virgen, al Niño, a los Reyes Magos, -sin camellos, claro -, al ángel del portal, a Herodes, a soldados romanos, a pastores, e incluso quiero decirte que en nuestro belén no faltará ni la mula, ni el buey, ni algunas ovejas,... ¡Qué más da que hayan cuatro o cinco o doce pastorcillos! Por eso, te propongo que acudas mañana a las diez de la mañana a la iglesia con algún pellejo, botas y pantalones viejos. Te das cuenta, Lucas, como hay cosas que tú consideras imposibles y son posibles. Entonces también puede ser posible que intentes ser amigo de ése que consideras tu enemigo.

Los gemelos estaban presentes, pero en ese diálogo entre el párroco y Lucas no abrieron la boca. El árbol navideño estaba precioso, no le hacía falta ni bombillas de colores, ni serpentinas, ni bolas para hacerlo atractivo. Las cartulinas multicolores mecidas por un viento del sur lo hacían particularmente llamativo. La estrella de oriente colocada en su punta destellaba con los últimos rayos del sol de la tarde y su influjo benefactor haría que se cumpliesen todos los deseos, buenas intenciones y peticiones que habían escrito los niños. En el anochecer, los pájaros adormecidos no abrían los picos, ya no decían ni pío. La noche iba tendiendo el telón cada vez más oscuro. Era una noche sin luna, de las que las estrellas titilan irisadas de colores y con nitidez, de esas noches que camuflan a los gatos y hasta a los blancos les pone túnicas pardas, de esas noches que hacen mover a los búhos sus ojos de ruleta, noches que animan al recogimiento familiar en casa. En concreto, la oscuridad de aquella noche invernal desdibujó el abeto, las cartulinas colgadas, el mendigo, los árboles, casi la iglesia,... Unas lucecitas tenues quedaron encendidas en la plaza y a duras penas teñían algunos contornos próximos a las bombillas con colores amarillo-anaranjados. En aquella noche larga, del reciente empezado solsticio de invierno, se iban apagando las luces tras los ventanales y el pueblo se iba quedando en el silencio más absoluto. Pero esa noche, el alba levantaría el telón de la oscuridad, y el día se iluminaría con la luz de las ilusiones por ser la fecha del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, el día de la celebración de la Nochebuena con la familia reunida.

Y así fue. El día de la Nochebuena nació con una luz invernal más clara que la primaveral. ¿Serían los ojos de los humanos los que filtraban la luz y la transformaban en más clara por la ilusión de que llegara la noche especial? Posiblemente el anhelo que supone la reunión con los seres queridos puede ser el mejor prisma para descomponer la luz y ver mejor que nunca su claridad y las ilusiones llenas de colores. Y este chisporroteo de luces en los ojos plenos de la alegría era lo que le estaba ocurriendo a Lucas nada más levantarse de la cama.

-Mamá, mamá, ¿dónde está el pellejo que se ponía el abuelo cuando iba con las ovejas? ¿Y aquellas botas viejas mías? ¿Y los pantalones de pana desgastados por las rodillas? ¿No los habrás tirado o quemado? ¿Verdad? – Las preguntas de Lucas se amontonaron.

-Pero se puede saber para qué lo quieres- Preguntó su madre. –Lo que pides está guardado en un arcón de la buhardilla. Pero, hijo, todavía no me has contestado para qué lo necesitas.

-Voy a ser un pastorcito en el belén viviente que va a hacer don Valentín en la plaza de la iglesia. ¿Sabes? Hasta un niño recién nacido va a hacer de Niño Jesús. Tendrá que ir bien abrigado porque hoy debe hacer

ABRIR EL CORAZÓN

en la calle un frío de muerte. No creas que va a ser un belén cualquiera, habrá mula, buey y ovejas. ¿Vendréis a verlo?

-Claro que sí, iremos toda la familia. Pero, venga, apresúrate, vamos a subir a la buhardilla.

Subieron las escaleras hacia la buhardilla de dos en dos. Primero la madre, luego, Lucas, pisándole los talones. Lucas nunca antes había mirado con tanta atención aquel arcón. Al abrirlo, sus bisagras empolvadas, resequidas y oxidadas chirriaron como si se tratara de un mueble de una película de miedo. Aquel arcón contenía muchos recuerdos para la madre del chaval: ropajes que en un pasado no muy lejano eran difíciles de mirar por el sentimiento que guardaban. Pero aquella ocasión, era distinta. Su hijo, al que los habitantes del pueblo llamaban Lucas el travieso, le estaba diciendo exultante que iba a hacer de pastorcillo en el belén, que iba a adorar al Niño y que le iba a pedir que trajese la paz al mundo.

En un santiamén, Lucas se transformó. Un pellejo de lana de oveja que le llegaba por debajo de las rodillas le cubría el cuerpo, un cinturón apretado lo ceñía a su cintura, una alforja le colgaba de su cuello con un bolsillo a cada lado, una boina bien encasquetada le llegaba hasta las cejas y le tapaba las orejas. Más tarde, mirando su madre los pies, le puso unos calcetines de lana y unas botas viejas.

Para elegir la ropa habían sacado todo lo que contenía el arcón. En el fondo del mismo, la madre encontró una carta que leyó en bajo. Estaba escrita por el abuelo y la dirigía a toda la familia. Al tiempo que la leía, sus lágrimas iban surgiendo como cuando una presa revienta. Su hijo la miró con sus ojos arrasados.

-¿Qué pasa, mamá? ¿Dice algo malo la carta?

-No, nada de eso. Es de tu abuelo. Justamente la escribió en Navidad, desde el Hospital antes de morir. Siempre la guardaba tu abuela en la mesita de noche y muchas veces me he preguntado a dónde habría ido a parar. Pensaba que con el cambio de casa se habría extraviado. ¡Pero mira dónde la metió la abuela antes de enfermar!- Expresó con hondo sentimiento y con voz entrecortada y queda.

-¿Y es muy triste? ¿Por qué lloras? -Preguntó Lucas.

-No, hijo, no. No es triste, pero sí muy emotiva.

-Si quieres me la puedes leer. Todavía falta un cuarto de hora para las diez y ya sabes que en menos de cinco minutos me planto en la puerta de la iglesia.

La madre se sentó en una silla vieja que había junto al arcón para ponerse a la altura de su hijo. Besó aquella carta y comenzó a leerla:

"Querida familia:

Esta carta va a ser mi felicitación navideña. No quiero que en Nochebuena el hueco de mi ausencia sea motivo de pena para vosotros. Debéis celebrar el nacimiento de Jesucristo con alegría, pues pronto estaré entre vosotros para seguir dando guerra. Os pido que esta Navidad no sea un derroche de comidas ni de regalos. Ni que haya malos entendimientos, recriminaciones o peleas entre vosotros. Que sea un derroche de generosidad, dando amor sin esperar recibir nada a cambio, abriendo el corazón de forma desinteresada. Porque

ABRIR EL CORAZÓN

¿quién no tiene un pedazo de su tiempo para regalar una sonrisa, o unas palabras de consuelo o un gesto amable? ¿Quién no tiene esa mano a tender a aquel que la necesita? Porque ¿qué puede haber más bonito que sentirse gratificado con la sonrisa de agradecimiento de alguien que la había perdido? ¿Qué hay más bonito que apretar la mano de alguien que se siente solo? Quizás el estar pasando estas fiestas en el hospital me ponga más sentimental. Pero yo soy un privilegiado. Os tengo a todos vosotros. Aquí hay muchas personas mayores que no tienen a nadie, carentes de cariño. Por eso cuando llega una enfermera para ponerles el termómetro, o una inyección, o a cambiarles el gotero, la atraen para sentir su contacto y besarla. Aquí dentro hay mucho tiempo para pensar, para ver, para darse cuenta de muchísimas realidades que en el exterior, con las prisas de la vida, nos pasan desapercibidas. Aquí los días son largos y muchos minutos son tiempo de reflexión. Aquí dentro, escuchar un villancico te llena de sensibilidad y te hace saltar las lágrimas. Aquí mi cabeza se ha llenado de valores y mi corazón también. Siento mi interior colmado de buenos deseos. Estoy seguro que cuando salga del hospital seré capaz de seguir con los ojos y el corazón abiertos para darme cuenta de las necesidades del exterior.

Que la Navidad os colme de paz y amor para poder ser transmisores del bien hacia el prójimo.

Os quiere mucho vuestro marido, padre y abuelo.

Manuel “.

Después de leer la carta, reinó el silencio. Un silencio que le permitía a la madre de Lucas escuchar los latidos emotivos de su corazón. Un silencio denso; tan, tan denso que parecía poder cortarse con cuchillos. Pero el silencio sostenido e ilimitado parece que no pueda existir y acabó rasgándose con la exclamación de Lucas:

-¡Qué bien escribía el abuelo! ¿Verdad?

-Y eso que de niño no fue casi nada a la escuela. Pero cuando cuidaba el rebaño se pasaba el tiempo leyendo. – Lucas casi no escuchó la respuesta, pues oyó los diez golpes del carillón y salió de aquella buhardilla pies para que os quiero.

En la plaza, los personajes del belén estaban revueltos y amontonados. Todos ellos estaban ataviados con ropas adecuadas. La Virgen María vestía una túnica de color celeste con estrellas doradas y su dulce cara era de una belleza suprema. San José llevaba el clásico manto marrón oscuro ceñido con un cordón. El Niño estaba envuelto en un hábito blanco. Las coronas doradas y las capas purpúreas de los Reyes destellaban con los rayos del sol naciente. Los abundantes pastores se cubrían de mil maneras pero en ellos dominaban los pellejos y calcetines de lana. Entre los pastorcitos se encontraban los gemelos, Lucas, y el que a este último le resultaba el más chinche de los chinches, Rodrigo, su enemigo. Además de un buen montón de personajes, algunos animales se entremezclaban con las personas.

ABRIR EL CORAZÓN

Las palabras de don Valentín por un altavoz ("por favor, vayan colocándose en su sitio"), organizaron en un santiamén y casi de manera milagrosa a los componentes, como si en realidad cada uno supiese de antemano su puesto. Incluso la mula y el buey se colocaron dentro del portal, junto al Niño, para darle calor con su aliento. Había tantos pastorcillos que en lugar de ser pastores de sus rebaños, ellos eran el rebaño de las ovejas. Éstos, los pastores, quizás por ser más jovencitos que el resto de los personajes, eran los que se disponían de manera más caótica. Ni qué decir tiene que Lucas se colocó junto a Quique, lo más alejado posible de Rodrigo. Los diálogos de los pastores enemigos se produjeron al mismo tiempo, cada cual con su colega.

-¿Has visto que pelliza más fea lleva el chinche de Rodrigo? ¿Sabes qué me ha dicho? Que si llega a saber que yo estaba de pastorcillo en este belén viviente, él no hubiese venido. Y claro, como me "inrita" tanto, le he contestado que se fuese a tomar por saco, que él no es quién para venir a adorar al Niño. Que está lleno de pecados, de rencor, de envidias y que no se acercara a mí para no contagiarme de su mal. – Expresó Lucas a su amigo el gemelo, con una gesticulación exagerada de manos a consecuencia del nerviosismo.

-Oye, gemelo. A mí la única persona de este belén que me quita la paz es Lucas. No puedo soportar su presencia. Es superior a mis fuerzas y su cara me produce odio. –Dijo Rodrigo al mismo tiempo que Lucas desde el extremo opuesto de la plaza.

Justamente en el momento que ambos estaban haciendo esos comentarios, don Valentín requirió a ambos por el altavoz.

-Por favor, que se acerquen Rodrigo y Lucas.

Ambos se acercaron al párroco, colocándose a su lado, pero sin dirigirse ni la palabra ni la mirada.

-¿Es que acaso no sabéis que el nacimiento del Niño Jesús es motivo de festividad y que sus enseñanzas cobran vida en la humanidad? En estas fechas debemos buscar la reconciliación, la paz, el amor, abrir nuestro corazón. Debemos evitar rencores, malos tratos, envidias, odios,... Si se respira paz y perdón, nuestro corazón y el pensamiento estarán en calma. Intentad apaciguar la inquina que os corroe por dentro. Miraros a la cara, dedicaros una sonrisa, tened entre vosotros un gesto amable, despojaos de esa ira que no conduce a nada, dejad que broten de vuestros corazones los buenos sentimientos, la amistad, la unión, la camaradería, daos vuestro perdón generoso. En estas fechas no hay lugar para el rencor. Es el momento adecuado para que os arrepintáis de vuestras ofensas, de que no sigáis con los agravios. Debéis recordar mis últimas palabras: del amor y del perdón nace la paz. Éste es el mensaje que anunciaron los ángeles en Belén. Que el Niño, que nacerá esta Nochebuena en cada familia, sea símbolo de esperanza y fortaleza para continuar con los valores navideños el resto de los días del año. ¿Habéis entendido mis palabras?

ABRIR EL CORAZÓN

-A medias –contestó Lucas. – ¡Son tantas y algunas tan difíciles!

-Yo también entiendo a medias lo que dice. Ha dicho en poco rato tantas palabras que mi cabeza está hecha un lío. Y la tuya también, ¿a que sí Lucas? –La respuesta de Rodrigo indicaba la existencia de un acercamiento a Lucas. Además ambos pastorcillos coincidieron con sus miradas.

-Bueno, en realidad, todo lo que he dicho lo puedo resumir en muy pocas palabras: que abramos nuestro corazón a los demás para sentir sensación de paz. Y este ejercicio, el de abrir el corazón, para un buen aprendizaje debemos practicarlo siendo niños. ¡Ah, se me olvidaba! Querría haceros una propuesta: Que como pastorcillos que sois, ofrezcáis los dos juntos este queso al Niño Jesús. Vosotros vais a ser los protagonistas en este belén viviente ¿vale? –Los dos chavales asintieron con la cabeza.

-Hala pues, juntad vuestras manos, poniendo las palmas hacia arriba para colocaros el queso que le vais a ofrecer al Niño.

Ambos con una sonrisa en los labios y una mirada cómplice juntaron sus palmas enseguida.

-Pero, claro, Jesucristo no quiere recibir vuestro regalo si antes no os habéis pedido perdón. ¿No comprendéis que el perdón es el medio para arreglar lo que está roto? Perdonar es un valor de valientes y sé que vosotros lo sois, ¿verdad que sí?

-Sí, yo soy muy valiente –Respondió Rodrigo, hinchando su cuerpo como un gallo en un corral.

-Y yo también. –Repuso al instante Lucas, no menos jactancioso.

-Entonces... Entonces, chavales, ¿qué os queda? – Preguntó don Valentín, pues aún no había salido el perdón por sus bocas.

Los chavales se fundieron en un fuerte abrazo y luego colocaron las palmas de las manos como bandeja para ofrecer al Niño Jesús el queso. De sus bocas no hizo falta que saliese la palabra "perdón". Muchas veces, un gesto vale más que mil palabras.

Seudónimo: Isla del Edén